

historiador en la riqueza descriptiva del medio bonaerense de la época finisecular, con la transformación de la Gran Aldea en espléndida metrópolis, la ola inmigratoria, el panorama político, los barrios populares, primeros balbuceos artísticos de Gardel, y tanto más. El segundo capítulo consta de una relación detallada de las andanzas y pormenores de su asociación con José Razzano (1911-1918). Continúa con un recuento del nacimiento del tango y la identificación de Gardel con este género (1917-1925), el estrellato y sus viajes a Francia y otros países (1925-1930), su carrera filmica, y una relación minuciosa de los últimos cinco años previos al fatal accidente de Medellín, con un certero análisis de su naturaleza y consecuencias. Ningún resumen haría justicia a la narración, tan rica en personajes que gravitaron en la vida del cantante, a su identificación con el medio tanto comercial como humano y, finalmente, a la figura total que se desprende de este estudio. Valiosa en sí es la abundante bibliografía de fuentes tanto primarias como secundarias. Collier ha consultado a Francisco García Jiménez, Armando Defino, Miguel Angel Morena, Horacio Ferrer, Edmundo Guibourg, Erasmo Silva Cabrera, Edmundo Eichelbaum, articulistas, músicos, y personajes del mundo teatral porteño, entre otros, para conferirle a su obra una solidez indiscutible. Es de esperar que alguna editora sudamericana se interese en su traducción. De realizarse, no faltarán las polémicas entre los especialistas con respecto a puntos de vista y conclusiones. Se nos ocurre, de paso, que algo tendrán que decir en torno a los orígenes y nacionalidad del *troesma*, y seguramente habrá debate en cuanto a su ejecutor testamentario, Armando Defino. Tenemos en mente un trabajo de Tabaré de Paula, "Historia de un triste comercio" (*Sucesos*, 4, Santiago de Chile, 1967). Mientras tanto, los admiradores de Carlos Gardel podrán disfrutar de una biografía de gran mérito y seriedad, sin que decaiga el estilo ameno en ningún momento.

ARTURO TIENKEN
Roseville, Minneápolis

<https://doi.org/10.29393/At456-63DVAG10063>

DOY POR VIVIDO TODO LO SOÑADO

De *Isidora Aguirre*

Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1987

En los momentos en que se preparaba en Santiago el Primer Congreso de Literatura Femenina Latinoamericana (realizado entre el 17 y el 21 de agosto de 1987), apareció en España la obra de una chilena que actualiza y renueva nuestras inquietudes sobre el tema:

Isidora Aguirre, dramaturga consagrada, autora de *La Pérgola de la Flores* (1960), *Los Papeleros*, *Lautaro* (1981), *Retablo de Yumbel* (Premio Casa de las Américas 1987), acaba de publicar una novela: *Doy por Vivido todo lo Soñado* (Editorial Plaza y Janés, Barcelona, junio 1987). Y digo novela sin la menor vacilación, aunque presento que por estar claramente inspirada en la realidad familiar de la escritora —y la heroína central Laura Cupper, en su madre, la pintora chilena María Tupper— no faltará quien

intente catalogarla como memorias o crónicas, géneros de los cuales tiene, sí, bastantes elementos.

Se trata de una novela sobre el tema del amor. Aunque transcurre en la primera mitad del siglo veinte, transcurre además en diversos tiempos: en el del gobierno del General Freire y la anarquía (1823-1830), en que el coronel John Cupper combate y es asesinado por el ejército de los conservadores al mando del General Prieto; y en el actual, tiempo que sólo aparece en la primera y en la última página, enmarcando inquietante y sugestivamente el pasado, con la voluntad expresa de no nombrar nuestro presente.

Se trata, dije, de una novela sobre el amor. Sobre la eternidad del amor, más bien. Y esa parte —la medular de la obra— aparece magníficamente lograda a través de la presencia de diversas parejas de enamorados, de distintas épocas y generaciones —tatarabuelos, abuelos, madre, hermana— especialmente la formada por John Cupper e Isolda, que se introducen en la narración en un ensamblaje tan perfecto que obtienen lo que sin duda la autora buscó: hacer de todos los amantes un amante, mostrar en “el espejo de los amores” el amor, acercarse a lo esencial del sentimiento trascendiendo los límites de cada pequeño gran amor particular.

¿Por qué afirmé que este libro actualiza mis reflexiones sobre la literatura femenina? A pesar de centrarse en un tema distinto al de la primera novela de Isabel Allende —que a mi modo de ver es la evolución política de la sociedad chilena— y a pesar de las diferencias de tono narrativo, al leer *Doy por Vivido todo lo Soñado* encontramos innegables similitudes con *La Casa de los Espíritus*. Ambos son relatos narrados a través de diversas generaciones de una misma familia; hay un mismo amoroso afán por recoger y revivir las historias de los antepasados; la práctica del espiritismo y la sensibilidad a los mundos parapsicológicos como caminos hacia el tiempo y la memoria; el anclaje en un viejo caserón familiar; la presentación de las costumbres patriarcales sin cuestionamiento intelectual; y cierta ternura frente al mundo, a pesar de las desgracias.

Las dos novelas, estoy absolutamente segura, fueron escritas por mujeres que necesitaban profunda, visceralmente hacerlo, Isabel, para rearmar Chile ante sus ojos. Isidora Aguirre, para recuperar nostálgicamente un pasado distinto de los tiempos presentes. Incurren ambas en lo que algunos estudiosos nos critican: la excesiva cercanía a la verdad, “la intención directa o velada de probar algo”. Este rasgo marcaría una diferencia clara con *Cien Años de Soledad*, obra que fabula en torno a las relaciones familiares, mostrándolas bajo ángulos nuevos y alejándolas de la realidad reconocible.

Sin embargo, *Doy por Vivido todo lo Soñado* tiene también bastante en común con otra obra de García Márquez, *El Amor en los Tiempos de Cólera*. No me refiero sólo al tema de la eternidad del amor, sino a cierta mirada de cronista de costumbres, a las descripciones de mobiliarios, reuniones, accesorios, ropajes de época, hechas de un modo que a mí, personalmente, me gusta poco, pues no me parece suficientemente fundido con la trama. (Hablo no sólo de Isidora sino también de nuestro Premio Nobel latinoamericano).

He citado juntos los nombres de Isidora Aguirre e Isabel Allende por cuanto veo en sus elementos literarios, en sus imágenes, algo común e innegablemente femenino y a la vez diferente de lo que algunas corrientes de crítica reconocen como escritura de mujeres. Creo que la repetida pregunta “¿existe una literatura femenina substancial-

mente diferente de la de los hombres?" debe resolverse a partir de lo que las escritoras escriben. Me explico. La crítica literaria feminista ha revalorizado obras del pasado no consideradas por la cultura establecida, pero también, consciente o inconscientemente, ejerce una especie de tiranía hacia el futuro, dictaminando *a priori* lo que las mujeres deberían o no escribir. El ejercicio de esta función al revés negaría la esencia de la crítica: juzgar, valorizar y situar *a posteriori* en su contexto cultural una obra producida por un creador individual.

Si existe una literatura femenina substancialmente diferente de la de los hombres deberá descubrirse en aquellos rasgos comunes a los escritos de mujeres, anteriores a sus planteamientos intelectuales. Los libros de Isabel Allende y de Isidora Aguirre, por ejemplo, muestran la familia como un núcleo importante de la sociedad, sin juzgarla; *Por la Patria*, de Diamela Eltit, en cambio, la cuestiona, sumergiéndose dolorosa, desgarradoramente en el incesto como símbolo último de la dependencia y propugnando una mujer autónoma y solitaria.

Algo, algo deberá haber en común entre todas ellas (y entre todas nosotras), para poder hablar de literatura femenina. Algo en la emoción, en la aproximación a la realidad, en el modo de recordar, en la manera de armar las frases, en la manera de construir o destruir. Si no lo hay, podemos hablar de la filosofía, de la visión del mundo, de la postura vital o de la ideología política que contienen las obras literarias, pero no podemos hablar de literatura femenina.

AGATA GLIGO

EL CEMENTERIO DE LONCO

De *Carlos Ruiz-Tagle*
Editorial Andrés Bello, 1987

Carlos Ruiz-Tagle ha sido agraciado con un premio nada deleznable: el premio María Luisa Bombal de la I. Municipalidad de Viña del Mar. La novela galardonada se titula *El cementerio de Lonco* y aparece con el sello de la Editorial Andrés Bello.

Ya habíamos visto un cambio en la narrativa del autor. *El lloradero*, en efecto, hurgaba por personajes y temáticas que iban más allá de las memorias de pantalones cortos o largos.

Ahora cambia también el tono. Sigue habiendo finura y humor, mezcla curiosa que no siempre abunda en los narradores chilenos. Sigue habiendo también capacidad de contar y de fabular. La novedad está en una amplitud mayor, por así decirlo, para comprender a quienes llevan una vida distinta, a veces negativa, pecaminosa tal vez. La vida parece imponerse en toda su complejidad. Ella entra con su lascivia, con sus orgullos y sus pequeñeces. En un gesto de madurez que no es aceptación ni pérdida de principios, Carlos Ruiz-Tagle da cabida en su obra, sin alardes ni escándalos, a esta realidad compleja, total de la vida. El conjunto ha ganado en universalidad y en verdad.